

que le creyese le dijo que ya estaba su mujer
 puesta de una hija, y así como se vio en
 el parto, y después tuvo doce hijos, con que se
 tuvo por cierto que hablaba por boca del Espíritu
 Santo; otras muchas profecías dijo de es-
 cribir por no distar.

CAPITULO VII.

DE UN CASO PARTICULAR QUE SE SUCEDIÓ CON UN NOVICIO Y DE SU DICHOSA MUERTE.

Estando este siervo de Dios en el Convento de Acámbaro, donde estaba el Noviciado de la Provincia, tocando á media noche á maitines un Novicio, al tocar la esquileta se le volcó y subiendo arriba para echarle mano, salió el siervo de Dios del coro dándole voces que se detuviese lo cual hizo el Novicio asombrado: y subiendo arriba á la azotea empezó á azotar con la cuerda al demonio y decirle muchos improperios, con que le expelió con grande estruendo. Y volviéndose

el Novicio le dijo que diera muchas gracias á Nuestro Señor por haberle librado de las manos del demonio, que queria precipitarlo y hacerlo pedazos.

Partióse de aquí al Convento de Valladolid, donde hizo pausa el tiempo para que fuese á gozar del premio de sus virtudes, y enfermó de muerte y levantándose el sentimiento general de toda la ciudad, empezó á hacer su oficio conmoviendo á los cabildos Eclesiastico y secular para que concurriesen á verle y visitarle en la humilde choza de su pobre celda, donde le hallaban con la tranquilidad y sosiego que la nave surta en el puerto. Al fin llegó la hora y después de recibidos todos los Sacramentos, hizo el último Sacrificio y dió el alma á su Criador, empezando él con los gozos como nosotros con los sentimientos de verle partir, por la falta de su sombra, conversacion y ejemplo. Pero como el alma del justo se mejora en la muerte, porque saliendo de nosotros le reciben ángeles, estas mejoras nos consuelan y tiemplan el sentimiento. Y así muera el justo (dice San Lucas) el que pidió de puerta en puerta, que en las del cielo tiene ángeles que le reciban: "Factum est ut moreretur mendicus, et portaretur ab Angelis" Muerto este siervo de Dios acudió toda la

ciudad, con la novedad que causa la muerte de un justo, y enteróse en el mismo Convento donde tomó el hábito. Después de enterrado por mucho tiempo, salió de la sepultura un olor y fragancia muy suave, con que se acabaron de confirmar las esperanzas de los que le vieron partir.

Solo un sentimiento me resta significar; que el cuerpo de este siervo de Dios no se sabe dónde le ha ocultado el tiempo, porque como la iglesia se hizo de nuevo y el descuido fué sucediendo á los años, no paró hasta trocarse en olvido; quizás por alguna particular providencia ó porque no le merecimos ó porque le merezcamos á fuerza de deseos. Y así espero en su Divina Majestad que le hemos de hallar para consuelo nuestro y de los que veneraban su santidad.

CAPITULO VIII.

DE LA VIDA DEL CONTEMPLATIVO FR. JUAN GALLINA.

Fué este siervo de Dios contemporáneo del santo Castro, y tan igual á él en espíritu y castidad, que podian ser atlantes de su Provincia y querubines de su templo. Tomò el hábito para lego en el convento de Valladolid y profesó con la prosperidad que goza el que halla una mina de gran tesoro, y desde luego empezó á servir á la religion con la prontitud que vinculó en la profesion, sin faltar un punto de su perfecta observancia. Y como el fundamento de ella es la pobreza evangélica, empezó por ella, y fué tan pobre que en toda su vida no tuvo

más que un hábito á raíz de las carnes, y ese tan roto y remendado, que más parecia composicion fingida que hábito religioso. Anduvo descalzo muy de ordinario, y no tuvo por cama más que una tabla de dos cuartas de ancho, donde el cuerpo apenas podia contenerse y por cabecera un trozo de viga en que inclinaba la cabeza. Despuea de haber cavado de sol á sol en la huerta, en cuyo ministerio se ejercitó muchos años, donde se ensayó para el ejercicio de la oracion mental, en que fué tan singular que todo el tiempo que vacaba del oficio activo, le daba á la contemplacion, haciendo de su celda oratorio y retiro para gozar sus raptos, donde le hallaban muy de ordinario media vara del suelo, arrobado en el aire, y en el coro muchas veces, sin faltar en su vida del oficio divino, con tanta permanencia y continuacion, que parecia en el coro estampa de relieve, que á cada hora le veian con la inmovilidad como si lo fuera.

Floreció con particular excelencia en la caridad, porque su espíritu fuese tamaño entre otros, como lo es esta virtud entre las virtudes; con cuyo motivo, era tanto lo que amaba á los no-

vicios y gente moza de la religion, que á todos los abrazaba, regalaba y consolaba con tan tierno afecto, que en viéndolos en cualquier desconuelo se iba á ellos desolado, como la gallina á la proteccion del polluelo, y los congregaba debajo de sus brazos con los arrullos y cariños que ella debajo de sus alas, llorando con el afligido tan tiernas lágrimas que parece que le daba á beber en ellas el alma derretida. Por eso se llamó Fr. Juan Gallina, siendo su Alcurnia de Lozano. O porque David se la dió en la moralidad con que pintó su caridad, "Tanquam Gallina congregans pullos suos." De esta virtud le nacia las lágrimas tan ordinarias en su rostro que le tenian dos surcos, como los hicieron en el venerable rostro de San Pedro, que fueron los que miró David en el suyo por trofeos de su sentimiento: "Exitus aquarum dudeduxerunt oculi mei" y así este siervo de Dios traia el rostro de ordinario tan lloroso y tierno, que se dejaba amar y reverenciar sin conocerle, dándole el título de santo que escondia su humildad.

En los años veinte ó más, últimos de su edad, vivió en el convento de Guantzindeo, donde si-

había nacido el día de la creación de la tierra, y así librado el crédito de su vida en las lágrimas de los ojos, cuando todo se vida como el Apóstol, por amonestaciones con ellas: "Per trinitatem non cessat die ac nocte. cum lacrimis monens quodammodo testatur."

CAPITULO IX.

DE LA MUERTE DE ESTE SIERVO DE DIOS.

En esta perfeccion y estado cogió al siervo de Dios, Fr. Juan Gallina la postrera edad, que fué de más de setenta años, corridos en este destierro con los empleos que hemos visto. Al fin enfermó en el pueblo de Guantzindeo donde una señora llamada Francisca de Raya, muy devota de nuestra orden y particularmente de este siervo de Dios; estando en la hora postrimera envió à llamar al Guardian del Convento y à este su devoto; y despues de haberse consolado espiritualmente con sus hermanos, le pidió

à este siervo de Dios que le diese algo para su partida: él le respondió que le daba todos los actos meritorios que podia, si tenia algunos, pero que fuese consolada, que dentro de ocho dias se verin allá. Despidióse con esto, y luego à puestas del sol, murió la señora, y muerta, otro dia asistió este siervo de Dios al entierro y funeral, y corriendo el novenario enfermó de dolor de costado, y luchando con su espíritu jamas pudo derribarle en la cama, hasta el último dia, que despues que recibió todos los Sacramentos, lúnes, à las cinco de la tarde se acostó en la cama y llamó à su Guardian y le protestó sus defectos, dijo sus culpas y pidió hábito y sepultura de limosna: y despues de estos actos tan dignos de su santidad, à puestas del sol espiró, y dió el alma al que la esperaba à la misma hora que cumplió los ocho dias que prometió à la difunta, sin faltar un punto. Enterróse en el mismo Convento, con concurso de toda aquella comarca.

Quedaron los pobres, los devotos y religiosos, como los polluelos, que muerta la madre todo se les va en piar, buscandola de una en otra parte: y así los pobres le buscaban en sus necesidades, el devoto en sus menesteres y el religioso en el consuelo espiritual, porque todos le

tenian con verle y así le aclamaban en todas ocasiones, como á quien las sabia socorrer. Llegaron estas voces á oídos de los Prelados, y determinaron de sacarle de la sepultura y colocarle en lugar más decente é igual á sus merecimientos.

Corrieron más de treinta años estas esperanzas, hasta que el P. Fr. Alonso de Sta. María, con comision particular, fué al convento de Guantzindeo á sacarlo de tierra; y abriendo la sepultura para trasladar los huesos, convocó la gente más devota, y concurriendo otra tanta, dieron con ellos; pero como Dios es maravilloso en sus santos, en cada uno muestra lo que los quiere, y así lo mostró con este su siervo; pues toda la cal que le hecharon sobre su cuerpo cuando lo enterraron, se levantó arriba y formó una como bóveda, que parecia hecha á mano: y por la parte cóncava quedó el cuerpo tan estampado, que parecia obra de vaciado: de suerte que sacada la torta ó boveda de cal se miraba el cuerpo como si fuera molde suyo. Admiráronse los presentes y confirmose la devocion y trasladaron los huesos con el gozo que merecia su santidad y en una caja de madera, los colocaron al lado del Evangelio, donde están tan blancos, sólidos, suaves y macizos, como el marfil, burlando del

tiempo, pues en más de treinta años que estuvieron debajo de la tierra, salieron como de una arca. El P. Torquemada (1) dice que el cuerpo de este siervo de Dios está en Guaiangareo, porque se lo dijo la relacion: pero no estan sino en Guantzindeo con sumo consuelo de toda aquella comarca, donde supe algunas profecías de este siervo de Dios cumplidas, y por tales repetidas; pero por no tener bastante testimonio, no las pongo, por que el autèntico que tenian, se le ha quitado el tiempo, y así las remito à Dios, como fuente del profetizar para que las descubra cuando fuere servido.

[1] L. 3.º, Cap. 85, P. 672.